

MANUEL VICENT

ESTA llegando el momento, final del segundo milenario, en que la cultura va a consistir en el método de sobrevivir. Hacer una mermelada casera, dar la vuelta al paño del abrigo, abrir el baúl de la abuela, escribir una guía de pecadores o camino de perfección a la luz del carburo, zurcir los calcetines y, como no es cosa de tirar nada, cortar el lujo de la colitis con dulce de membrillo, calentarse con leña, seguir el ciclo de los alimentos terrestres y pasar las somnolientas tardes de domingo jugando al palé será muy pronto la nueva fórmula existencial. El Occidente cristiano está segregando un ansia de ser pobre otra vez. Sólo falta que los diseñadores de la moda le vendan esa idea con un atractivo mórbido.

La meteorología ha regalado a los españoles un hermoso anticiclón para estas fiestas de primavera, y bajo la isobara propicia se ha producido una explosión automovilística de primer orden, una estampida de búfalos motorizados. Media España ha cambiado de sitio. Los del Mediterráneo se han ido a las Rías Bajas, los andaluces se han acercado al Pirineo, los vascos se han fugado a Puerto Banús, los gallegos han bajado a Almería, los catalanes han desembocado en Extremadura y los madrileños, que aún siguen creyendo que en este país hay provincias, se han dilapidado en todas direcciones y con gran sorpresa se han encontrado con que todavía no han puesto aduanas a cien kilómetros de la Puerta del Sol. Una vez más, la Semana Santa se ha convertido en el festival del delco. Descuide usted. No voy a escribir esa bobada de que hay crisis, pero no se nota. Como tampoco pienso repetir esa ordinarietà de los que advierten que existen dos millones de parados, pero no hay forma de encontrar un fontanero.

Tengo mi propia teoría. Sé que no se puede salir de la crisis hasta que la crisis no se convierta en una estética, hasta que la escasez no se transforme en una suerte de belleza vital expendida en los grandes almacenes. Y entonces ya no será una crisis, sino una aspiración. Uno se sentirá desgraciado por no ser pobre. Creo que esta ha sido la última primavera en que el español se ha movido de casa atraído por símbolos periclitados.

La Semana Santa sureña, plagada de vírgenes enjoyadas y llorosas, transportadas por costaleros beodos, podría ser una expresión de la crisis económica explicada por Abril Martorell. Las procesiones castellanas paseando cristos más severos

y llagados es la versión de la próxima bancarrota según Fernández Ordóñez. Alguna comitiva del silencio con encapuchados del Ku-Klux-Klan y penitentes arrastrando cadenas con los tobillos desnudos es la demostración de nuestro futuro a cargo de la extrema derecha. Existen otras tinieblas más sensuales con vírgenes o nazarenos hermafroditas de Salci-

SEMANA SANTA, FESTIVAL DEL DELCO

llo, costumbres bárbaras de coronas de espinas clavadas en la frente de paletos, paseos sobre ascuas, flagelantes histéricos, demonios huertanos esquizofrénicos, tamborradas de Calanda, crucifixiones "prêt-à-porter" como manifestación de que la vida en este planeta no es nada halagüeña. Había una escapatoria. Largarse al Mediterráneo y disfrazarse de anuncio de Martini. Esta ha sido la última pasión de la clase media, el rito de sentirse hermoso, joven, un cachas con sonrisa bina-ca y una yegua bronceada a los pies. Se ha visto que tampoco por ahí hay salida.

He asistido en un pueblo de mil habitantes a una procesión de Viernes Santo. Setenta hombres con traje negro encogido, que les marcaba las paletillas, la camisa blanca con las alas del cuello levantadas, un cirio de mala calidad en la mano por una oscura pendiente de tierra llena de boñigas acompañaban un sepulcro llevado a trompicones. En la media tiniebla del plenilunio en el pueblo se oía sólo el rumor de pasos y el balido de una cabra. Añadan toda la salsa tenebrista, bombillas de posguerra, hedor a establo, un jumento que asoma la cabeza por la ventana, un canto ratonero del gori gori, un silencio castellano, una Dolorosa de palitroques y tres viudas descalzas detrás, todo a buen paso enfilando una bajada y un cura soltando capones a un zurrapa macilento que se reía. Esto tampoco tiene cabida en El Corte Inglés.

En mi opinión, la nueva estética de la escasez no llegará como un signo de penitencia cuaresmal ni como una moda cali-

forniana. Son dos formas religiosas que no tienen nada que ver con el problema. Occidente vive la última curva de su cultura y en este tiempo aparecen profetas, ritos esotéricos, religiones nuevas dentro de una reacción antiindustrial. Ya se sabe que los aparatos no han sido capaces de hacernos felices, sólo hay que ver los grandes cementerios de envases de este cristianismo maquinista. Cuando una civilización se descompone, desde los bordes del imperio acuden a la metrópoli genios sagrados con una receta de salvación bajo el turbante, la chilaba, el sari o la chaqueta de Yorkshire. Lo que se ve venir no es eso. Nada de prácticas orientales, nada de preceptos del Corán, todas esas ondas que han salido del desierto de Arabia dentro de un barril de crudo y han sido refinadas en Pasadena para ser revendidas a una clientela europea. La energía espiritual de Oriente ahora es manufacturada en California, convertida en sentencias, suras, salmos, grajeas, mantras y hierbas controladas por santos de la CIA. Todo eso ya está pasado, ya ha cumplido su ciclo. Los "hippies" en su momento fueron asimilados por las "boutiques", pero Occidente se vio saturado por una superproducción de colgajos de cuero y collares de resina.

Tampoco es cuestión ahora de industrializar la Semana Santa española y llenar los escaparates de cilicios, látigos emplomados, ayunos y abstinencias a cambio de indulgencias, cirios de sebo y bulas para los que voten a UCD. La Semana Santa española no puede ser una etiqueta estética. Es demasiado siniestra o sensual, demasiado enjoyada o llorosa. Entre la moda californiana del harapo carísimo y la penitencia sacramental queda la mermelada casera, la vuelta al paño del abrigo, el zurcido del calcetín, el baúl de la abuela y el juego del palé para tarde de domingo. Es nuestra pobreza de siempre. Convertir la necesidad en remedio, la sobriedad en moral, la escasez en imaginación y la cola del racionamiento en éxtasis, que en griego significa parada, bien en el séptimo cielo o en el bordillo del autobús. Lo que está claro es que el festival del delco está a punto de terminar. Sólo falta que los diseñadores de la moda encuentren una fórmula erótica que exprese nuestro deseo de ser pobres, que los publicitarios lancen un mensaje mórbido como un anuncio de Martini para obligarnos a ir en carreta a comprar paños, aperos de labranza y frutos secos a una feria medieval. ■